NÚM. 51. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por numeros sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID 22 DE DICIEMBRE DE 1861. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs., un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO V.

REVISTA DE LA SEMANA.

Ciertamente no ganamos para sustos. El Vesubio se encuentra con tanta boca abierta, que ha llenado de consternacion á los habitantes de las cercanías de Nápoles, como que echa por aquellas bocas grandes piedras, cenizas, lava derretida, y otros escesos de las materias fundidas que tiene allá dentro. Estos respiraderos que se abren al fuego central del globo, y de los cuales en Europa solo hay dos en actividad, ambos en Italia, demuestran que el planeta que habitamos es muy jóven todavía, y tiene blanda la piel y poco duros los huesos. El dia 8, fiesta de la Inmaculada, fue cuando el volcan hizo una manifestacion sorprendente. En una de las vertientes de la montaña, no lejos de Pórtici, se levantó una inmensa columna de fuego acompañada de truenos y rayos que recorrian el espacio, mientras el cráter vomitaba cenizas á mas no poder. Dos corrientes impetuosas de lava se abrieron paso entonces por las laderas, dirigiéndose la una hácia Resino, donde yace sepultada la antigua Herculano, y la otra hácia la Torre del Grecco, aldea situada al pié del monte, y cuyos habitantes temieron que iba á repetirse la terrible escena del último dia de Pompeya. Con este temor echaron á huir todos llevando en las cabezas almohadas, colchones, y objetos blandos, á fin de evitar los golpes de las piedras que lanzadas á grande altura por el volcan, iban á caer á prodigiosas distancias. La ceniza y las escorias oscurecieron el sol en la aldea; el volcan rugia de un modo espantoso, y los atribulados habitantes de la Torre del Grecco creyeron no poder librarse de la catástrofe. Muchas casas han quedado destruidas; mas parece que la fuerza de la erupcion ha cesado.

La cima del Vesubio, que está solamente á media legua de Nápoles, se eleva unos tres mil doscientos cuarenta piés sobre el nivel del mar; y la base del monte se adelanta al Oeste hácia el golfo de Nápoles. El borde del cráter tiene mas de un cuarto de legua de circunferencia, y la profundidad de abismo es de unos trescientos cincuenta piés. Este volcan ha estado muchas veces como apagado: antes del reinado de Tito los que vivian en aquel fertilísimo suelo, no conocian que estaban sobre un volcan. Vitrubio y Diodoro de Sicilia habian referido que aquel monte vomitaba llamas; pero estos antiguos recuerdos se habian borrado ya de la memoria de los romanos, cuando el año 79 de nuestra era se abrieron los abismos de la montaña, y quedaron sepultadas bajo una lluvia de hirvientes cenizas las ciudades de Herculano, Stabiæ y Pompeya. Desde entonces continuó inflamado el monte por espacio de diez siglos, y en él murieron muchos víctimas de su curiosidad, siendo de los primeros el célebre naturalista Plinio. Al cabo de diez siglos cesaron completamente las erupciones, y en 1611 el volcan parecia enteramente estinguido, de suerte que toda la montaña se habia poblado de habitaciones desde las faldas hasta la cima. Pero en 1631 hubo una nueva y terrible erupcion que se repitió en 1766, 1779, 1794 y 1819. El 24 de octubre de 1822 una espesa nube de cenizas oscureció el sol en Nápoles, y se estendió hasta Cassano en el espacio de ciento cinco millas italianas, mientras que un rio de líquida lava de doce piés de profundidad, esparcia sus estragos abarcando una superficie de una milla. Las erupciones de 1833 y 1834, fueron aun mas terribles; en 1846 estalló otra notable, y la presente ofrece, segun parece, no menos imponente aspecto, habiéndose abierto nuevas bocas en los lados menos espesos del monte.

Una carta de París dice que se han descubierto dos manuscritos inéditos de Voltaire. Uno de ellos cuentan que es una comedia que se representó en casa de madama du Chatelet y el otro la continuacion de la novela *Cándido*. Dicen que se publicarán en breve, y si es verdad que tales manuscritos se han encontrado, no dejarán de tener salida; pero dudamos que haya habido tal hallazgo.

Mas gorda todavía nos parece la noticia, dada tambien por cartas de París, de que el jóven rey don Pedro de Portugal, muerto prematuramente en el mes anterior, habia dejado nada menos que veinte tomos escritos sobre materias políticas. Esta noticia deberá sorprender sobre todo á los portugueses; pero no será estraño que algun editor anuncie dentro de poco las *Memorias del rey don Pedro*.

Tenemos el sentimiento de anunciar el fallecimiento del senador don Pascual Fernandez Baeza, antiguo magistrado y conocido en la república literaria por sus fábulas políticas, muchas de ellas inéditas. El señor Fernandez Baeza tenia grande ingenio para esta clase de composiciones, y no dudamos que una publicacion de las que haya dejado haria honor á nuestra literatura contemporánea.

Háblase mucho de los preparativos que hacen las empresas teatrales para atraer al respetable público á sus teatros respectivos con el aliciente de nuevas y chistosas producciones en las inmediatas Pascuas. En el Príncipe se representará la comedia del señor Perez Escrich, *Lo tuyo mio*; En Novedades habrá un drama de los altamente dramáticos, titulado *Ochavos y millones*, donde indudablemente los ochavos serán puestos por las nubes y los millones á los piés de los caballos. Dicen que habrá en él confusion de clases y de intereses, y lucha de caracteres con otras cosas que sorprenderán al público. En la Zarzuela se estrenará una pieza que se llama (no sabemos si por su autor ó por quién) *Invencion pascual*. Esta invencion se titula *Viaje alrededor de mi suegro*, y es un viaje largo el que emprende el yerno protagonista, pues dura por espacio de tres actos. Los señores Rivera y Oudrid son los autores el uno del libreto y el otro de la música, y nos prometemos algo bueno del talento de ambos.

Entre tanto han seguido durante la semana en Novedades las representaciones del *Corpus de sangre*, como en Variedades las de la *Cruz del matrimonio*, en Jovellanos el *Concierto casero*, y en el Príncipe *La buena alhaja*.

Esta última se representó á últimos de la semana anterior á beneficio de Mariano Fernandez, el cual desempeñó su parte perfectamente. La pieza es arreglo del francés bien hecho; pero el original es como obra de arte bastante mediano. Solo el tercer acto tiene interés. Por lo demás se distingue de la generalidad de las de su género en que no hay caracteres repugnantes, y en que no solo el fin sino los medios de accion son morales.

El banco de España ha publicado un aviso muy interesante. Ojo avizor los que tengais billetes de banco de la serie de 200 reales. Se ha falsificado tan hábilmente esa serie, que se necesita una grande esperiencia para no tomar los falsos por verdaderos. Véanse las señas que da el Banco para distinguirlos:

El papel de los falsos es mas oscuro y pastoso y con mas brillo que el de los legítimos.

Las aguas del papel de los falsos, marcan con mucha

dificultad, y aun apenas se percibe en algunos, la palabra DOSCIENTOS, que en los legítimos se distingue y lee trasparentemente con entera claridad en color verde.

El círculo ó roseta del ángulo superior derecho, donde dice DOSCIENTOS REALES, tiene diferencias notables de dibujo en los falsos.

Tambien las hay en la numeracion.

Y por último, el color de la tinta del grabado tiende á violeta en los falsos, siendo negro el de los legítimos.

Por consecuencia de este suceso el Consejo del Banco ha acordado retirar desde luego de la circulacion los billetes de la espresada serie de 200 reales, á cuyo efecto deberán presentarse por sus tenedores en las cajas del Banco para su cange por los de otras series, ó por metálico, á su eleccion.

Aplaudimos la determinacion del Banco de retirar de la circulacion esos billetes. Tenedores á cambiar.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

RECUERDOS DE MIS VIAJES.

PRIMER VIAJE Á AMERICA.

ECUADOR.

LV.

Todo, á mi llegada, era zozobra y ansiedad, en las guayaquileñas playas. Habíase establecido un vigía de señales en la cima de Cerrillo Verde; visitábanse los cuarteles; cubríanse las bajas de los batallones; examinábanse los viejos cañones de hierro colocados, ó mejor olvidados en las baterías de ambos estremos de la ciudad, y cada minuto del dia y de la noche, se creia ver aparecer en las aguas del puerto la famosísima escuadra peruana. Al fin dos vaporcillos asomaron por entre las verdes islas del canal: eran portadores del ultimatum que Castilla dirigia al gobierno ecuatorino. Dejemos conducir á Quito por un comisionado, este bélico documento, y continuemos dando cuenta á los benévolos lectores de mis últimas escursiones en la tierra ecuatoriana.

Habíanme ponderado mucho la pintoresca fertilidad de las orillas del Daule. Era la época de una famosa romería. Un vaporcillo comprado á los yankees por algunos comerciantes del pais, hacia en aquel entonces, viajes de recreo á las frescas riberas del Guayas y Daule. Antes de embarcarme fuí á ver al jóven Ballen que me habia prometido ser de la partida. Despues de los saludos de costumbre, y de algunas escasas palabras atentas, porque imprevistas ocupaciones le impedian acompañarme, díjome:

—Me pasma su constancia en esplorar nuestro en verdad riquísimo, pero atrasado y casi inculto país. Ya conoce usted casi todas nuestras provincias. Ha visitado usted este verano la de Imbabura. Nada se oculta á usted de la de Pichincha, donde está nuestra capital, que lo fue en otro tiempo de la colonia española. La Tacunga, Ambato y sus inmediaciones, son lo principalito de la provincia de Leon. Y últimamente acaba usted de pasar por Riobamba, capital de la de Chimborazo.

—Del interior solo me resta conocer á Cuenca y Loja; y del litoral, Manavi y Esmeraldas.

—Por lo que hace á estas dos últimas, no merecen la pena de visitarlas. Esmeraldas es un país de frondosísimos bosques, mejor, de selvas vírgenes como las orientales. En su fértil suelo se crian todas las producciones; pero no hay brazos que sepan cultivarle. Sus habitantes son mulatos, y viven casi en el estado salvaje, diseminados en escasas rancherías. La capital Esmeraldas, asentada en la risueña ribera del rio del mismo nombre, es un pueblecillo de pocas casas, con techos de paja, semejantes á barracas ó cabañas. De esta provincia se saca empero muchísimo tabaco, y si esta planta se cultivara, podria rivalizar el Ecuador, con la riquísima isla de Cuba.

El territorio de Manavi es ordinariamente estéril, y está sembrado de risueños oasis. Sus contados pueblos, no pasan de la esfera de aldeas mas ó menos grandes. Pero es nuestro principal centro industrial, porque es singular y esclusiva de su territorio la paja toquilla con que se fabrican los sombreros llamados de *Jipijapa* y *Montecristo*, dos pueblecillos de indios laboriosos, todos dedicados al tejido de este artefacto tan buscado y estimado en las demás regiones americanas.

Despedíme, dicho esto, de Ballen, y fuíme al embarcadero: ya humeaba el vaporcillo. Salté á bordo. Acto continuo pusímonos en movimiento. Pasamos al frente de Guayaquil.—A poco rato hallámonos tras *Cerrillo-Verde* y ya en el Daule, cuyas aguas apacibles, cristalinas, corren semejantes á una ancha y transparente via de tortuosísimo curso, reflejando en su purísimo raudal las bellísimas y encantadoras orillas del rio. Parece que la naturaleza ha desplegado en ellas toda su vital lozanía y poderío. Miradas en conjunto presentan una larga serie de huertas de tabaco, ananas y caña dulce, á trechos interrumpida por misteriosos y lindos bosquecillos, cuya amiga sombra acaricia las ligeras viviendas de los dichosos habitantes de aquel risueño eden. Nuestro vaporcillo surcaba rápido aquellas fecundas y límpidas aguas, siguiendo las vueltas y revueltas del álveo por que caminan, presentándonos á cada paso un paisaje distinto y una singularísima perspectiva. Ya pasábamos al lado de una humilde cabaña rodeada de ricos bananeros; ya de una esbelta casita oculta en un bosquecillo de naranjos, por entre cuyos verdes follajes asomaban reunidas la blanca y balsámica flor del azahar, y el dorado fruto de las hespérides; ya en fin, quintas magestuosamente colocadas en medio de estensos bosques de cacao, del verde y elegante arbolillo del café, de los torneados tamarindos, y de los robustos, copudos y frondosos mangos, cuyos vistosos colores del árbol y la fruta, entre los cuales sobresalen el verde, dorado, carmin y rojo, forman una especie de floresta encantada cuya belleza es imposible describir. Por todas partes daban carácter á este riquísimo y bello paisaje altísimas palmeras, y bosquecillos de algodoneros que presentaban como un aspecto nevado en medio de una vegetacion ataviada de todo el lujo tropical.

Así, entre variadas emociones, llegamos navegando hasta el pueblo de Daule. Es grande; pero ha sido muy azotado de incendios. Habia entonces allí un inmenso gentío. Celebrábase una famosa romería en la capilla que se llama del *Señor de los Milagros*. Sacaron en procesion una pequeña imágen de Jesucristo. Muchos devotos y devotas la acompañaron. Seguí yo con los demás la comitiva, alegre con la música, los cantos religiosos y los fuegos artificiales. En esta procesion como en otras que he visto en Guayaquil y en Quito, mézclanse siempre algunas prácticas poco sensatas, y de un sabor pagano.

Además Daule, y todos los pueblos de la costa, no son de costumbres tan austeras como los de la sierra.—He visto cometer en Daule escesos de todos géneros. No hay en este pueblo fondas. El que no tiene casa particular donde hospedarse, vése obligado á aceptar en una especie de barracas, comidas muy toscamente aderezadas.

En todas las calles hay establecidos al aire libre, juegos de azar autorizados por los populares mandarines, que arriendan el derecho de establecer bancas de monte, ruleta y otros juegos tan justamente reprobados por la legislacion de otros paises. Causóme no pequeña estrañeza, no solo la pública y descarada manera de entregarse al juego todas las clases sociales, sino la forma poco decorosa de esta para mí menos atractiva diversion, pues hacian ciertamente singular contraste los montones de oro que allí se atravesaban, con los pobres tapetes que cubrian las todavía mas pobrísimas mesas, sobre que se ponian, y á cuyo alrededor tan ávidamente se colocaban los jugadores con sus bruñidas botas de charol, y blancos pantalones y levitines de drill, sufriendo á veces durante el dia, la influencia de los rayos solares que perpendicularmente caian sobre sus cabezas, solo guarecidas con los anchos y ligeros sombreros de jipijapa.

La inmensa mayoría del populacho que concurre á esta fiesta, es mestiza ó india. Esta última, de color pardo cobrizo, es bien formada, y de bonitas facciones, especialmente las mujeres. Vienen todas ellas en canoas, y varían de trajes con bastante descaro en las mismas ramadas de las canoas. Verdad es que todas estas mujeres no son nada melindrosas, ni se precian de Lucrecias.

LVI.

Era ya de noche. Despedia la luna de su argentado disco suavísimos rayos de luz, sobre aquella, poco ha, tan esplendorosa comarca. Repitieron los lejanos ecos la señal de la partida Despedia densísimo humo la chimenea del vapor. Fuíme á bordo. Muy luego comenzó la máquina su movimiento, y la quilla de nuestro buque separó rápida las aguas, siguiendo los innumerables recodos y sinuosidades del rio.

Mientras la brisa del valle perfumada de azahar, de jazmin del Cabo y de otras aromáticas flores, esparcia en torno un frescor balsámico, inundándonos en un bienestar indefinible, forjábame allá en la mente halagüeñas ilusiones que no habian de realizarse jamás. Las emociones del hombre son fugaces. Pronto desaparecen ó cambian. Los que á la sazon navegábamos el Daule, pasamos rápidos de un profundo silencio á una bulliciosa locuacidad. Formáronse grupos. Todos hablábamos.

Llamaba por entonces, la atencion pública, una obra publicada en Nueva-York por el ecuatoriano Villavicencio, titulada *Geografía de la República del Ecuador*. Habia allí un ejemplar. Cayó casualmente en mis manos á mi ida á Daule, y hojeándole al azar leí estas palabras:

«Una vez fundada la presidencia de Quito, corre frio y monótono el largo período de doscientos setenta y cinco años bajo el régimen colonial.»—«Si se examina la sociedad del pueblo ecuatoriano de aquellos tiempos, la hallaremos tranquila, pasiva, *patriarcal*, si se quiere; pero reducida á sí misma sin conocimientos, sin comunicacion, sin vida. *No conocía el mayor número de las ciencias, ni los hechos, ni los hombres, y aun ignoraba quizás que hubiera hombres, hechos y otras ciencias que conocer.*»

Leido esto, saqué mi cartera, cogí el lapiz y puse al márgen: «Así se escribe la historia.»

Esta acotacion era á nuestra vuelta objeto de una conversacion animada entre uno de los grupos de viajeros. Acerquéme á este grupo de discutidores, y despues de tomar acta de las diversas opiniones emitidas en el debate, declaréme reo de *acotaciones inconvenientes*, manifestándoles me proponia defender mis ideas, si se dignaban escucharme breves instantes. Aceptaron mi proposicion y hablé así:

«Además de injusto é inexacto, es, para mí, inesplicable, señores, cómo un escritor americano que emite sus conceptos en lengua de Castilla, acomete la mezquina tarea de tachar de estéril la dominacion peninsular española en América. ¿Qué era esta antes de la conquista? Un dilatadísimo continente habitado por tribus salvajes. Solos dos pueblos poseian una incipiente cultura. Aunque bárbaros no estaban como los demás al nivel de los brutos. Un puñado de españoles surcando procelosos y desconocidos mares, descubre esta gran porcion del globo. Otros grupos de españoles vienen en pos. Cortés quema las naves al penetrar en el imperio de Motezuma. Quédase abandonado Pizarro en una isla desconocida y contempla impasible la partida de la nave que le enviaran en su auxilio. Por entre vírgenes y dilatadas selvas, al través de cerrados y espesos bosques, vadeando caudalosos rios de profundísimo y tortuoso curso, trepando asperísimas montañas, abriendo caminos, desecando pestilenciales pantanos, despreciando los peligros inerentes á una rápida y prodigiosa variedad de climas, siempre en lucha con una naturaleza primitiva y salvaje, esploran ignotos paises, y en perpetua guerra con una larga serie de naciones bárbaras, dómanlas todas con valor heróico y singular pericia, sin arredrarles infinitas penalidades y privaciones, y dando muestras de fabulosa constancia. Entonces colonizaron de Norte á Sur toda la serie de paises conquistados. Por do quiera se improvisaron aldeas, villas y ciudades. Alzáronse templos al Dios Redentor del humano linaje, lo mismo en las playas y los valles que en las altas montañas. La luz del Evangelio fue desterrando con paso firme y seguro las densas tinieblas de la barbarie. A pueblos nómadas sucedieron pueblos agricultores. Hubo industria casi al nivel de la que poseia Europa; hubo comercio; hubo artes mecánicas y bellas artes. Cultiváronse con fruto las ciencias, la literatura y cuanto constituye el saber humano. Dictáronse leyes benéficas para la raza indígena, y para el nuevo pueblo oriundo de España, estableciéronse casi las mismas que regian á sus hermanos peninsulares. En una palabra, los españoles importaron en América con su sangre, su raza, su idioma y su culto, la civilizacion de diez y siete siglos. Cerca de tres vivieron en paz y casi patriarcalmente los nuevos pueblos. Vestigios quedan aun en pié en el ecuatoriano de todo ello, y vivo está todavía el recuerdo en la tradicion y las historias. ¡Y el señor Villavicencio acusa de estériles tan colosales resultados! Señores, ¡Cuánta ingratitud y vergüenza encierra semejante acusacion! ¡Ver empequeñecidos por hijos desnaturalizados hechos de ilustres progenitores que, semejantes á los dioses han sabido sacar todo un mundo de la nada!»

Esto diciendo costeábamos Cerrillo Verde y entrábamos en las aguas del Guayas. Dentro de breves instantes estuvimos en el muelle. Al saltar en tierra repetian los serenos á lo largo de la playa: «*¡Ave María purísima! Las once en punto, nublado. ¡Viva la patria!*»

LVII.

Viajaban en aquella época por las provincias ecuatorianas dos religiosos españoles. Habíanme visitado á su paso por Guayaquil. Cosa de un mes habria trascurrido desde mi viaje á Daule, cuando un dia fuí agradablemente sorprendido con una carta que me escribia uno de aquellos viajeros Decia así:

15 octubre 1858.

«Escribo á usted desde Cuenca, y no de España. Y sin embargo, cuanto bueno aquí se encierra, es obra de españoles. A su salida para Daule, embarcámonos mi compañero y yo en una chata y fuímonos al puerto de Naranjal. De este al pueblo hay una pequeñísima distancia. A pesar de los muchos fangales y de lo estrecho y fragoso que se presenta la subida de *Chalaput*, fuímonos en una jornada hasta Molleturo, pueblecillo situado en el mismo riñon de la cordillera. Hicimos nuestra segunda jornada por la rápida pendiente de Cajas y pernoctando en un tambo, parecido á todos los de la república, llegamos al cuarto dia á Cuenca, pasando por el insignificante pueblecillo de *Sayansi*.

Cuenca es quizá una de las mayores y mas bonitas ciudades del Ecuador. Su situacion es admirablemente bella. Colocada en una horizontal, estensa y feracísima llanura goza de un clima sano y agradable, y presenta un aspecto muy pintoresco y risueño. Está colocada entre dos rios. Dista el uno cosa de una legua al Oriente; el otro pasa casi lamiendo su huerta, aunque en un plano mas bajo. Esta parte inferior está separada de la ciudad por el rio, y es una estensísima llanura. La parte mas próxima á la poblacion llamada el Ejido, es de bellísimo aspecto. Quintas, casas de campo, huer-

tas, jardines, bosquecillos de frondoso arbolado están esparcidos casi simétricamente y en forma de cuarteles en una dilatada pradera de perenne verdor cubierta. Es como una segunda poblacion campestre. Aunque separada de Cuenca propio por el rio Matadero, dos muy regulares puentes, unen entre sí estos dos pueblos. Despues del *Ejido* ó barrio de *San Roque*, continúan todavía los caseríos largo trecho y por fin la dilatadísima é histórica mesa de *Tarquí* que termina en el nudo de *Portete*. Aquí se dió la batalla de *Tarquí* entre el Perú y Colombia. El general Sucre salió vencedor, y paroliando los antiguos y modernos héroes, mandó se erigiese una columna conmemorativa con esta inscripcion: *El ejército peruano de 8,000 soldados, que invadieron la tierra de sus libertadores fue vencido por 4,000 braços de Colombia el 27 de febrero de 1829.* Por mas digno motivo es tambien históricamente célebre la hermosa llanura de Tarquí: ella fue el término de las operaciones trigonométricas comenzadas en *Yaruquí* por las comisiones científicas francesa y española.

Por lo demás, amigo mio, Cuenca, á pesar de lo decaída y abandonada que se halla, es todavía una hermosa ciudad. Tiene anchas y rectas calles. La principal atraviesa la ciudad quedando en su centro la plaza Mayor, donde he visto una bonita fuente. Aquí está tambien la catedral, la casa ó palacio del gobernador, la de la municipalidad y la cárcel pública.

Una de estas mañanas estuve en el inmediato pueblecillo de *Cacha*, situado al pié del monte volcánico Guagalluma. Visité con este motivo la montaña de Curitaqui, célebre por la caverna abierta en la base. La entrada es estrecha y va ensanchándose al interior. He visto algunos huesos, y el que me acompañaba aseguróme que los indios cañares hacian todavía sacrificios de víctimas humanas en edad de la inocencia. No sé lo que habrá en esto de cierto; pero Velasco, asegura, con referencia al cura párroco de Azogues, que en su tiempo se hacian sacrificios semejantes en el *Sayayurco*, donde los *cañares* tenian un templo dedicado al demonio. Los españoles, cuando la conquista destruyeron este terrible lugar; pero lo reedificaron muchas veces los vencidos.

Dejo aquí en suspenso esta carta. Voy hacer un viajillo corto. A mi vuelta la continuaré, manifestándole lo que crea puede interesarle.

...Ya estoy de vuelta del Cañar. Usted conoce este país históricamente; pero no ha visto los monumentos indígenas, que hay todavía en pié ó en estado al menos que permite apreciar la decantada civilizacion de los incas. Voy á dar á usted una breve idea de ellos.

A corta distancia del Cañar, villa de mediana estension y que nada encierra en sí de notable, se encuentran los ruinosos monumentos conocidos por el *inca-pirca*, ó fortaleza de Alum-Cañar; el *inti-huaitu* ó abra del sol, y el *inca-chungana*.

El *inca-pirca* está colocado sobre una colinita. Es un edificio oval, cuyo eje mayor tiene treinta y ocho metros de largo. El muro de circunvalacion es de cinco á seis metros de altura, y está formado de grandes piedras. En lo interior del óvalo, cubierto de un espeso bosque de arbustos, chaparros y grandes árboles, hay una especie de casa de dos compartimientos, sin cosa notable.

A los piés de la colina corre el arroyuelo *Gulan*. La colina está cortada en terraplenes. Por ellos bajé hasta un lugar solitario cubierto de arbolado: levántase allí una masa de roca granítica uno de cuyos lados está perpendicularmente cortado. Vénse esculpidos en esta cara círculos concéntricos: es el inti-huaitu, ó *abra del sol*. Alrededor de este singularísimo templete unos senderos abiertos en la roca en forma de gradas conducen á un sitio practicado en la misma piedra, desde donde puede contemplarse la tosca imágen del sol de que acabo de hablar.

Al septentrion de las ruinas del Cañar hay otra colina de suave pendiente hasta la casa del inca; pero casi cortada á pico del lado de Gulan. Formaba parte de los jardines. Aquí está situado lo que se llama *inca-chungana*, especie de camapé formado en la misma piedra y rodeado de arabescos semejantes á cadenas. Este singular asiento semi-salvaje goza de una hermosísima vista sobre el lindísimo valle de Gulan.

Todo esto, amigo mio, es curioso; pero no notable y revela una civilizacion primitiva y semi-salvaje.

Tambien estuve en Loja. Está construida bajo el mismo plan de Cuenca; pero es mas pequeña y menos linda. Tampoco son notables los demás pueblecillos de la provincia, únicamente célebre por los muchos bosques del árbol de la quina. Todo el suelo está casi cubierto de estos benéficos árboles, que crecen en las mismas montañas, todas de forma cónica y horizontales laderas.

Antes de concluir esta ya demasiada larga carta, tengo que pedir á usted un favor. ¿Quiere usted tener la bondad de remitirme un bosquejo histórico de este país, desde que se ha constituido en república?

Adios, señor, Dios le preserve de mal á usted y á su familia. Servidor y capellan M. de V.

(Se concluirá en el próximo número.)

J. DE AVENDAÑO.

RUINAS DE UN PALACIO.

I.

No es la hora de invocar á los genios del amor y de la poesía. No es el momento de templar el arpa, donde ha encontrado dolorosas modulaciones el cantor del *Solitario*, ni el santo laud con el que se acompañaba el humilde peregrino de la fidelidad.

Estoy en medio de un bosque. Por un lado contemplo elevados y espesos árboles, que cierran como si fuesen una muralla de verdor, toda la parte que se estiende hácia el Sur; por el otro, el mismo bosque, en forma de anfiteatro. En el fondo de unas eminencias maravillosas, vense, una puerta practicada en un antiguo muro, una cruz y una fuente. Mirando hácia arriba, descúbrense por algunas aberturas, que el viento practica en las ramas de los árboles, rojizos torreones y largos lienzos de amarillentas murallas. Es necesario levantar mucho la cabeza para ver el cielo azul y trasparente.

Es un cuadro romántico de los que describe Walter Scott, de los que pintaba Villamil y ahora se escapan del pincel de Haes, y de los que hubo de cantar el infortunado poeta de Sorrento.

Siéntense los vagos rumores de cascadas ocultas entre la yerba; algun tranquilo ruiseñor entona dulces plegarias, bajo los espléndidos doseles de aquella radiante naturaleza. La tarde declina; el sol se va á ocultar.

Hay en el espacio un silencio solemne, una calma encantadora, una quietud primaveral.

Las últimas ráfagas del crepúsculo atraviesan la atmósfera como bandas de una luz templada y agonizante. «¿En dónde estoy?»

¡En la Alhambra!

Palabra mágica, ensalmo portentoso, creacion maravillosa, sueño ó delirio de una imaginacion oriental.

. . . . palacio,
que el genio de la armonía
de hermosos sueños llenó,
fortaleza de topacio
abierta á la luz del dia
que el árabe construyó. (1)

Ved aquí lo que ese nombre significa.

Mis pasos se tuercen hácia la izquierda; camino por medio de un paseo, cuya sombra opaca y misteriosa apenas me deja entrever una hilera de cipreses, cortados con una coquetería moderna, que sienta mal á aquella severidad antigua; dejo detrás de mí una torre redonda y como enclavada en la roca que ha sido por largo tiempo un problema fantástico, pues de ella salia un caballo sin cabeza, seguido de siete perros blancos; dejo tambien una fonda que lleva el título de aquella torre y el sangriento campo de los *Mártires*, convertido hoy en una magnífica posesion, y deténgome por último en frente de una torre gigantesca y una puerta grandiosa.

La torre está dividida en dos fracciones; sobre la entrada de la una está grabada aquella llave misteriosa, y sobre la otra aquella mano simbólica, que segun una tradicion, se han de juntar alguna vez causando la ruina de la Alhambra. Estoy delante del pórtico, donde Washington Irving ha supuesto que se oyen de noche cánticos subterráneos y donde se ve la hermosa princesa, que yace encadenada en el fondo de aquella mansion. Atravieso un cuerpo de guardia, donde dos ó tres soldados han reemplazado á los bizarros árabes, que en otros siglos lo custodiaban; paso por delante de un altar, cubierto con un cancel y me detengo en frente de una inscripcion de letra alemana, segun el distinguido parecer del erudito Estéban Terreros.

Aquella inscripcion es la historia de ocho siglos; es el inmenso epílogo de una dominacion fuerte y poderosa; el monumento sagrado que se levanta entre un mundo pulverizado por el tiempo y un mundo que nace y se dilata bajo nuevas formas; el padron del triunfo bañado con las lágrimas de los vencidos; la huella viva y palpitante de aquellos dias gloriosos en que se verificó la unidad española; la eterna página donde está estampada y escrita la entrega de Granada, el postrer testamento del árabe; por último, la solemne concordia de dos pueblos, el símbolo de la cruz y de la media luna, la primera triunfante y la segunda derrotada.

Leo y saludo aquella inscripcion gloriosa y paso adelante.

II.

Unas escaleritas practicadas á mi derecha y encajonadas entre el torreon que acabo de cruzar y unas cuantas casas de moderna construccion, son las que mas brevemente facilitan el paso para subir á la plataforma de la Alhambra. A mi izquierda veo la torre de la Vela y una serie de torreones, que sirven de prision á reos de consideracion; en frente descubro el Albaicin, prendido, por decirlo así, entre las ramas de los jardines; sobresalen poéticamente las torres de las iglesias, llenas de agimeces, para manifestar su procedencia agarena; aun diviso la antigua muralla que oprimia á la gran ciudad; la fachada del próximo templo de Santa María y la puerta de hierro que facilita la entrada de la Alhambra, por otro lado.

¡Ah! yo buscaba la mansion encantadora y risueña de Boabdil y Muley-Hacen; yo iba hácia ese palacio bordado en el aire por las hadas de la noche y los genios de la poesía; á ese templo feliz de las delicias de la vida, labrado al parecer por la mano de una encantadora, á ese nido de amores misteriosos, de historias sangrientas y de cariñosos recuerdos, pero al dar el primer paso hácia él tengo que detenerme sobrecogido de profundo respeto. Delante de mi vista tengo otro palacio, mejor dicho, otro sepulcro.

Al lado de la tumba de flores está la tumba de piedra. Al lado del palacio oriental está el palacio del renacimiento; el cautivo oprimido por el vencedor, hé aquí la representacion alegórica de estos edificios.

Dos genios arrastrando en pos de sí á los siglos encadenados, son los que se descubren tanto en las cúpulas del musulman, cuanto en las destrozadas repisas de Cárlos V.

III.

Héme aquí ya en frente de ese palacio mudo y abandonado. Quiero sentarme en medio de sus gigantescas ruinas, donde mi corazon encontrará un consuelo. Pobre trovador del siglo XIX; antítesis, tal vez de estas épocas tan materiales, me identificaré con esa historia de piedra, me alegraré con ese silencio solemne, me enalteceré con esa magestad suprema. Voy á reclinarme en una de esas columnas derribadas, voy á sondear los diversos senos de ese esqueleto de granito, voy á interrogarle acerca de aquellos dias brillantes en que, émulo cuento del alcázar árabe, se alzaba al poderoso aliento de uno de los mas grandes reyes de la tierra.

Una puerta carcomida y resguardada por unos cañones de hierro, nos facilita la entrada al palacio. Todo es piedra allí. Un asiento estenso, con columnas dóricas de granito rojo, forma el corazon del cuadrado edificio. Aun se descubre en los cornisamentos derruidos en los arcos que se mantienen en pié, en los elegantes intercolumnios, el genio luminoso del artífice, resucitando la arquitectura pagana, bajo las brillantes inspiraciones de Vitrubio y Miguel Angel.

El renacimiento está allí en toda su pureza. El sello greco-romano se encuentra por todas partes: á la solidez está unida la perfeccion; hay cierta dialanidad muy distinta de la que se descubre en el alcázar de Toledo, palacio tambien del emperador y edificio colosal, tambien de piedra, que parece abrúma la montaña que le sostiene. Aquí el compás ha medido el mas ligero fragmento, allá se ha buscado la perpetuidad mas bien que el arte. En el primero vése el genio elegante de Berruguete y Borgoña, en el segundo la severidad inimitable de Herrera; el uno marca los primeros albores y el otro el postrer crepúsculo de la restauracion del arte. Hé aquí lo que es el edificio que nos ocupa.

Sin embargo, todo enmudece, todo se hiela, belleza arquitectónica, pureza de estilo, y grave magestad en los adornos, al tender una ojeada en derredor. ¡Cuánta grandeza y cuánta miseria.

En el palacio del emperador Cárlos V, solo existen las paredes maestras, que dividen todos los departamentos, muchos huecos abiertos en la piedra para colocar los ricos artesonados, los cuales, si se pusieron, han desaparecido ya, y alguna que otra puerta de hierro, plantada en diversos lugares, por una mano mucho mas moderna. Descúbrense en varios puntos algunos estrechos pasadizos, que se internan en los muros á semejanza de galerías secretas. Estas ramificaciones misteriosas se pierden en un fondo tenebroso cuyo término ni es fácil adivinar, ni definir.

¡Qué silencio! Al tender una ojeada por esta maravilla del arte, descúbrese como en la refraccion de un espejo, el pensamiento del hombre que la mandó edificar. *Aquí están reunidas y hacinadas todas sus glorias*; allí hay trofeos, alegorías, inscripciones y batallas esculpidas en el jaspe. En todo resalta el renacimiento de una época puramente artística y guerrera, al lado de la epopeya de aquel siglo, tan fecundo en hechos gigantescos. Y sin embargo, ni una voz amiga, ni una mano conservadora, ni una sombra augusta se pasea por sus pórticos amarillentos.

La tarde va á espirar. Ya el sol se ha hundido tras de un encendido horizonte; el cielo va adquiriendo ese tinte de azul turquí que anuncia la proximidad de la noche; levanto los ojos y algunos murciélagos que trazan en el aire círculos caprichosos, son los únicos cortesanos de tan espléndida mansion.

Ante semejante espectáculo bueno es meditar. A veces estallaria el corazon si no lo desahogásemos con esperanzas ó con recuerdos, con ilusiones ó gratas realidades. Semejante al viajero cansado del camino, apoyaremos la cabeza en el destrozado pedrusco de los monumentos, para ver, bajo la fantástica neblina de lo pasado, lo que otros seres, mas afortunados sin duda, no pueden ver.

Yo me represento en este instante una época magnífica: siento el rumor de otras generaciones que sacuden sus ligaduras mortuorias, levantan la losa funeral y salen en prolongada hilera á pasearse por los tristes y solitarios recintos. Semejante al Reinaldo del Tasso ó á

(1) Victor Hugo.

la antigua Mellerina, veo, no los héroes que han de venir, sino los que ya brillaron. Es una vision parecida á la de Macbet.

Caen pausadamente las sombras nocturnas; me introduzco por algunas habitaciones sin techo, con el objeto de buscar una escalera para subir al piso superior, pero no la encuentro y tengo que desistir de mi empeño. Descubro, sí, un magnífico arco, cuyo destino no comprendo y ventanas sin madera por donde juguetea la enamorada brisa de la tarde, entre las plantas parásitas que arrastran su triste vegetacion por medio de las hendiduras de las piedras. Mis pasos reproducen un sonido hueco que se pierde á lo lejos. Con descender por unos pequeños escalones cubiertos de yerba, estoy en la Alhambra, dentro de ese palacio bordado en el aire por el punzon caprichoso de una hada.

IV.

Hay una diferencia tan marcada en los dos monumentos, que choca, admira y entristece. Por una puertecita secreta se penetra en la mansion árabe y se encuentra uno cerca de estanques, donde se retratan las tranquilas estrellas que principian á aparecer en el cielo; puedo recorrer aquellos salones mágicos, donde aun se cree oir los besos de las odaliscas, el rezo de los santones, el murmullo de los cortesanos, el cántico de los centinelas, la ondulacion de los mantos reales y la zambra de los galantes granadinos. Con un paso mas, puedo llegar á la prision de una reina desgraciada, que se conserva aun como un padron ignominioso de las postreras intrigas y discordias intestinas de los moros; me puedo asomar á los colgados balcones que caen al Albaicin y al rio profundo que serpea en el hondo del valle; puedo visitar el rico baño de alabastro donde Zoraida refrescaba en agua de rosa su naturaleza apasionada; puedo ver la sala del Cadí, el salon de los Embajadores, la esplendente mansion de las Dos Hermanas y la sangrienta fuente donde cayeron las pálidas cabezas de los Abencerrajes.

Pero no; acepto con mas gusto el espectáculo que tengo delante de mi vista y los recuerdos que me cercan. No quiero traer á la memoria las pasadas grandezas de los árabes; quiero gemir entre las perdidas glorias españolas. ¡Palacio silencioso! ¡Sepulcro de los tiempos! Tú eres el único que puede inspirar mi alma, tú eres quien destruyendo la pavorosa bruma que te rodea, me muestras á los insignes caballeros que triunfaron en Pavía, en Túnez y en Viena. Cada una de tus piedras, cada trozo de tus muros están identificados con un recuerdo, con un nombre, con una palabra heróica. García de Paredes, Pescara, Alarcon, Avalos, Bazan y otros mil, brotan como augustos fantasmas en medio de tu soledad. ¡Allí está el grande emperador! ¡allí su cabeza de César, su recorte germánico, su mirada de águila, su casco de acero con pluma encarnada, su magnífico alano, su caballo de batalla, su espada deslumbradora!... ¡Allí, mas allá, sus estandartes, sus cañones, su infantería, sus caballeros, y sus tiendas de campaña! Mas lejos la Flandes sumisa, la Francia humillada, la Italia vencida, la España fiera y arrogante... Por último, allá en el fondo, aquel blason soberano protegido por las alas del águila imperial, por las garras de los leones de Castilla, con aquellas dos columnas y aquellos dos mundos que son el portentoso símbolo de nuestra omnipotencia!... A veces el viento que zumba, parece el eco lejano de aquellas batallas, el grito de guerra de aquellos héroes, el redoble fúnebre de los atabales el sordo ruido de la artillería!...

¡Salud ruinoso edificio! Si en la calma de la noche me trasporto á otros siglos consiste en tu grandeza, en tu aislamiento, en tu abyeccion. Perdoname si profano tu silencio con mi presencia. Guardente las sombras protectoras de la noche, ya que no te amparan los rayos esplendentes del dia.

Aun todavía eres el trono de Cárlos V como el Escorial lo es de Felipe II. Cada cual representais una época una historia, un libro eterno de grandezas y ruinas, de postracion y magestad, de poder y abandono que asombran.

Defiéndante los recuerdos ya que los hombres te miran con frialdad, ya que las artes te abandonan, ya que el mundo te desprecia, ya que la mano brutal del vulgo derriba tus cornisas, destroza tus relieves, destruye tus columnas y te entrega al tiempo que todo lo devora.

¡Sello inmortal de las glorias antiguas! Adios. Solo te pido un destrozado pedestal para sentarme, cuando cansado de mis peregrinaciones venga á tu seno á contemplar tus misteriosos dolores.

TORCUATO TARRAGO.

PALACIO PÉSARO EN VENECIA.

FISIOLOGIA

DEL PERRO.

(CONTINUACION.)

Ciertamente ningun criado le sobrepuja en esmero y eficacia, como ninguno le iguala en abnegacion y sacrificio. Hacerse útil: hé aquí su mayor deseo: una sonrisa le sirve de estímulo; una ligera caricia de recompensa.

Si se trata de asistir á su señor ¡qué valor el suyo! Sea cual fuere el peligro nada podrá detenerle: basta que lo haya para arremeter con el agresor, quien quiera que sea, porque su decision no calcula, y luchando intrépido y valiente, no cejará hasta ganar ó sucumbir en la demanda: con igual brio embestirá animales que le escedan mucho en fuerzas, como al ladron nocturno ó al bandido ruin y alevoso.

Cuando no acertare á evitar una desgracia, vivirá para vengarla, mas si por el contrario quedase aun alguna esperanza, hará por el amo cuanto pueda dar de sí. Viéndole herido lamerá sus llagas, le alentará solícito, afanoso, buscando con divagar prolijo, socorro y ayuda en todas partes. Caido en el agua, procurará sacarle á la orilla con esfuerzos desesperados. Hundido al abismo ó envuelto por una avalancha bregará para traerle á la superficie ó ponerle en lugar seguro. Olvidando el cuidado de su propia conservacion se dará todo por el dueño querido, inmolándose sin vacilar, y hasta se dejará morir sobre su sepulcro, cuando ya la muerte le separe de él para siempre.

¿Y qué diremos de este buen amigo en el interior del sagrado doméstico? ¿qué persona, no ya dependiente, sino compañero, deudo, ó hijo, anda mas incansable en pos del amo, le aguarda mas paciente, le distrae mas en el ocio, le vela en el trabajo, viéndoselo sin cesar entre enagenado y orgulloso, unas veces recostado á sus piés, otras reclinado junto á su cabecera?

La vida del amo, es vida del perro, su gusto el suyo, su capricho su ley. Por seguirle dejará las mayores comodidades y rodeará los confines de la tierra. Amoldado á sus hábitos y casi previniendo sus deseos, ceñiráse exactamente á las reglas y costumbres por él establecidas. Distinguirá á los parientes, conocerá á los familiares, obsequiará á los amigos y recelará de los estraños.

COSTUMBRES DEL ECUADOR.

INDIA FRUTERA. YUMBO ALCALDE DEL NAPO. YUMBA DEL NAPO. CHOLA. ¡SEÑORA QUITEÑSE EN TRAJE DE CALLE.

El es guarda seguro del privado domicilio: por eso los antiguos, soñan figurarle al umbral de sus viviendas, y los ministros de los dioses penates vestian pieles caninas en el ejercicio de sus funciones.

El perro vigila mientras otros duermen, y sigue firme en su puesto cuando otros quizá abandonan cobarde-

LA VIDA DEL PAVO.

A pata y sin pasaporte marcha Don Pavo á la Corte.

Con abrazos diferentes le despiden sus parientes.

Se queda hecho un ababol al ver la Puerta del Sol.

Antes de cambiar de traje visita á un gran personaje.

Se hace amigo en su reunion de un elegante capon.

mente el suyo. Tambien él recuerda lo que muchos olvidan y halla y descubre lo que algunos han perdido.

Generoso, á fuer de buen amador, lleva con paciencia las injurias y arrebatos que hartas veces son el pago de sus buenos oficios. Mas sensible á la blandura que á la dureza, sabe recibir los golpes sin exasperarse, trascordarlos sin resentimiento y perdonarlos con generosidad. Si tal vez hace memoria de algun castigo, es para redoblar de celo y lamer la propia mano que le azota. Sus venganzas se reducen á humillarse, gemir, dolerse con espresion la mas dulce y tierna, implorando gracia por faltas que hartas veces no son suyas. Rastrero y abatido ante el despótico dueño, no hay miedo que jamás rechaze la fuerza con la fuerza ni que de hecho proteste contra su tiranía por grande que sea la injusticia ó la barbarie del martirio. Podrá sucumbir á indignos rigores, como se han visto varios casos, pero aun así su última mirada al espirar, será una mirada de cariño y perdon.

Digámoslo de una vez: este noble animal es el único que junta la probidad á la inteligencia, que allega la inteligencia al sentimiento, que eleva el sentimiento á la delicadeza, y que lleva la delicadeza hasta la renuncia de sí propio. Este es el único que se amolda al carácter y costumbres de sus patronos; que desconfía de sí; que entiende su nombre y distingue la voz doméstica; que en largos viajes hechos por vez primera, recuerda el camino y reconoce las veredas; el único aficionado á su amo, llamándole con gemidos si lo pierde de vista, y muriendo de dolor si lo pierde para siempre; el único amante, desinteresado y leal á toda prueba, el único en fin cuyas ventajas son indisputables, cuya comprension es notoria, y cuya educacion siempre es feliz.

«Aquí descansa mi único amigo» escribió lord Byron sobre el monumento de un perro muy querido. No cabe mayor apología del mas noble de los cuadrúpedos.

II.

Si necesidad hubiera de afirmar con ejemplos las observaciones emitidas, un libro voluminoso podria escribirse con solo juntar historias de celebridades perrunas; mas ¿quién no ha visto de cerca casos asombrosos de la penetracion de este animal, rasgos célebres aunque no anden en historias, los cuales fácilmente graduaríamos de fábula á no constarnos por esperiencia?

Desde el perro de Tobías hasta el famoso Palomo que recientemente anduvo con nuestros héroes de Africa, ¡cuán gloriosos no son los fastos del que en Egipto se veneraba bajo el nombre de Anubis; del que los indios honran aun como á celeste representante; del que los griegos pusieron en el número de las constelaciones y que la antigüedad situó en la entrada del averno para consuelo de las almas lanzadas á aquella mansion de horror!

Solamente de canes guerreros, ¡cuánto no habria que decir! Ya entre los cimbros, una seccion de ellos era la única fuerza de su campamento. Los colofonios y castabulenses, segun Plinio, llevaban trabillas á guisa de descubridores. Tambien los celtas adiestraban para la guerra perros armados de collares y lorigas, cuyas embestidas mas de una vez decidieron la victoria á su favor. Los galos segun Estrabon, empleaban para igual objeto unos perros de presa procedentes de Bretaña. En la batalla de Mario contra los cimbros, halláronse perros defendiendo tenazmente las personas de sus señores. El rey de Cefalú poseía una jauría de doscientos que formaban su mejor guardia, y el tirano Andrónico, no bien satisfecho de sus cohortes, solia llevar consigo un mastin de tal ferocidad que vencia al leon en la lucha y abatia á un ginete con caballo y todo.

En el siglo XVI los croatas y dálmatas, valíanse de perros en sus algaras contra los turcos, y hácia la misma época los españoles conquistadores de Guatemala y del Perú no dudaron hostigar á los salvajes con unos perros de presa enormes, de los cuales han sido célebres dos llamados *Leoncillo* y *Becerrillo*. Modernamente los franceses hicieron lo propio en sus campañas de Argel, testigo el galgo *Blouchete* que á la cabeza de varios compañeros defendió una trinchera en Bugia contra las hordas de la Montaña.

En lo antiguo, la ciudadela de Corinto no tenia mas resguardo que algunos sabuesos, apostados dentro y fuera del muro, los cuales daban una voz de alarma al menor asomo de peligro. En la edad media, la isla de San Miguel en Normandía, hallábase asimismo presidiada de perros. Con la defensa de ellos hízose célebre la ciudad de San Maló, bajo el gobierno de Richelieu. Aun ahora, en Constantinopla, en la Meca y en otras poblaciones moriscas, la familia perruna hace veces de guardia, de ronda y de policía.

Verdad es, dice festivamente un escritor, que el perro ha sido el primer gendarme de la sociedad. Sin él no hay civilizacion posible; ¿por qué el Oriente fue la cuna del órden social? Porque dió orígen al perro. Mediante su auxilio pastorearon los patriarcas hasta redondear su nacionalidad. Sin perros, los caribes, los mohicanos, los salvajes de Nueva-Holanda, desconocen la ganadería y la caza, y en medio de las selvas vírgenes y de un país el mas fértil, hánse de devorar entre sí por falta de subsistencias; al paso que con ellos, el esquimal, el lapon y el samoyedo, careciendo de los grandes recursos del antropófago, son blandos y morigerados en el seno de su miseria.

¿Registraremos acaso la abundante crónica de los *perros sabios*? ¿mas quién no da con ellos á la vuelta de cada esquina? Mimos, acróbatas, coreógrafos é histriones tiene la especie canina que harian raya con los Auriol y los Ratel. No van trascurridos muchos años desde que la capital francesa, emporio de semejantes *ilustraciones*, embobábase ante los prodigios de los dos Munito (perros *artistas*). Nosotros mismos hemos celebrado la destreza del perro Leon en el drama del Monte de San Bernardo.

Ya bajo el imperio de Justiniano, los charlatanes de Constantinopla enseñaban un perrillo que tenia la habilidad de devolver á sus dueños respectivos varios objetos que los circunstantes echaban simultáneamente al centro del corro. En tiempo de Vespasiano, Zópico, perro de lanas, era el asombro de la córte por la naturalidad con que se hacia el muerto, despues de tragar un fingido veneno, simulando las convulsiones y ánsias de la mas acerba agonía. Tambien en Barcelona, por los años de 1830, teníamos un perro que si no bailaba ni representaba distinguíase por sus aficiones filarmónicas y teatrales: gozando un privilegio que suele negarse á los de su clase, asistia invariablemente al coliseo para oir las mejores óperas, retirándose si la funcion era dramática; y el atractivo de la música le llevaba hasta á las iglesias donde habia fiestas ó aniversarios acompañados de voces é instrumentos.

¿Quiérense tal vez raros ejemplos de la inteligencia, astucia, prudencia, vigilancia, estoicismo, fidelidad, gratitud y demás virtudes del perro? Hé aquí algunos tomados al azar.

Erase en la primitiva época de la monarquía francesa. En un estremo de la isla de Nuestra Señora, sobre el Sena, donde existe ahora la catedral de París, curiosas turbas agolpábanse á un redondel hecho de simple tablazon, á semejanza de aquellos palenques en los cuales la juventud guerrera solia adiestrarse en el ejercicio de las armas.

JOSÉ PUIGGARÍ.

(Se concluirá en el próximo número).

BOTES SALVA-VIDAS.

SERVICIOS QUE PRESTAN Á LA HUMANIDAD.

A Francia é Inglaterra se deben los primeros inventos de esta clase de embarcaciones, tan adecuadas para que la caridad y la filantropía puedan ejercer su accion hasta en medio de las olas del mas irritado mar. ¡Cuán dignos son de la humana gratitud los hombres que dieron las primeras ideas de unas máquinas que tantas víctimas habian de arrancar á la muerte; y á una muerte horrorosa! No se estrañe, pues, que demandemos tan merecida recompensa para el ingeniero francés, Mr. Bermes, que en 1771 construyó el primer bote salva-vidas conocido en Europa, que «lleno de agua hasta la borda, y con ocho hombres dentro lo llevaba con seguridad en el Sena; cuya esposicion se hizo á presencia del rey de Francia. Su estabilidad era estraordinaria, pues colocándole un palo con un cabo amarrado en su estremo se le hizo tumbar, en cuyo estado se arrió de pronto el cabo en banda, y el bote inmediatamente se restableció á su posicion natural; pero ignoramos los medios en que consistia dicha estabilidad (1).»

No pocos años pasaron desde el ensayo de Bermes, sin que nadie se ocupase de asunto tan interesante; pues en el de 1785, fue cuando un inglés, Mr. Lupin, maestro de coches en Londres, presentó un bote salva-vidas insumergible y que no zozobraba. No aparece que ambos inventores recibiesen recompensa de ninguna clase; siendo en esto mas afortunado Mr. Wilson, á quien la sociedad de las artes de aquella capital concedió una medalla de oro como premio de un salva-vidas que habia inventado.

Pero la embarcacion de esta especie que alcanzó mayor celebridad fue la ideada por Mr. Great Head, de Herdsand, condado de Northumberland, á fines del siglo último, y cuya construccion fue debida á la impresion terrible que causó en aquella comarca el naufragio de un buque, cerca de Tynemouth, á cuyos tripulantes se vieron caer uno tras de otro al agua y encontrar en ella la muerte. Deseando que en adelante no se repitiesen en sus orillas escenas tan desoladoras, reuniéronse los espectadores de la que acababa de acontecer, á fin de escogitar los medios aparentes al objeto; y de esta reunion, ó mejor dicho, de uno de los individuos que la componian, que era el citado Mr. Great Head, salió la idea del nuevo salva-vidas; idea que debió á la observacion que habia hecho, de que si se dividia en cuatro partes una esferóide, cualquiera de esas partes flotaría sobre su curvatura sin zozobrar ni irse á pique en una mar reventada y crecida, y de ello dedujo, que un bote de figura algo análoga á la de aquel sólido poseeria iguales propiedades y seria, de consiguiente, á propósito para el salvamento de náufragos. Ajustado á este principio hizo un modelo que mereció la preferencia entre todos los que se presentaron en aquel humanitario certámen; y con arreglo á ese modelo se construyó en seguida el salva-vidas, que quedó completamente acreditado en la primera ocasion que hubo para ello, y evitó despues que millares de seres encontrasen una tumba en el seno de las olas. Muchas, aunque bien merecidas, fueron las recompensas de toda especie que por su feliz invento recibió de todas partes Mr. Great Head. El Parlamento le regaló 1200 libras esterlinas: la sociedad de las artes una medalla de oro; y la humana su propio medallon. A esta liberalidad nacional unieron los monarcas de Rusia y Prusia los testimonios del mayor aprecio. «Apuntaremos aquí solamente sus principales dimensiones (las del bote) tomadas de la obra ya citada de arquitectura naval de David Steel, y en la que se hallan los planos respectivos con una detallada descripcion de los materiales, construccion, forma de remos etc. etc. y el modo de manejarlo: pues su esplicacion nos llevaria á una difusa estension. La eslora de este bote es de treinta piés ingleses: la manga de fuera á fuera de diez: el puntal esterior, desde la parte superior de la borda, al medio de ella, hasta el plano inferior de la quilla, tres piés y tres pulgadas, y en el interior, desde la misma medianía de la borda, hasta la plataforma ó empanetado que tiene en el fondo, dos piés y cuatro pulgadas. La esperiencia ha probado, que á pesar del crecido peso de este bote (pues solo de corcho lleva 700 libras), en las ocasiones de mas riesgo siempre ha sido feliz en sus empresas y desempeños; lo que prueba incontestablemente su utilidad (1).»

De entonces acá son muchos y de distintos sistemas los botes salva-vidas que se han construido; y entre ellos los ha habido de metal en vez de madera.

En el dia son tambien muchos los sistemas con arreglo á los cuales se construyen esas embarcaciones; pero el adoptado por la *Real y Nacional Institucion de botes salva-vidas de Inglaterra* es el que sirve de norma al constructor de que esa institucion se vale para hacer los suyos.

La gran diferencia entre la gravedad específica del aire y la del agua es el principio fundamental de los botes salva-vidas, y de otros aparatos, que tambien con el nombre de *salva-vidas*, sirven para el mismo objeto que esos botes. No se piense, sin embargo, que solo teniendo en cuenta la diferencia entre las gravedades específicas de ambos citados fluidos se consigue tener embarcaciones á propósito para desafiar las embravecidas olas. Pueblos no civilizados hay, que sin el mas leve conocimiento del peso de los fluidos, se valen de medios eficaces para dar á sus toscos barquichuelos la estabilidad de que carecen. Desde luego, el cortísimo calado, (2) de estos barquichuelos y su escasísima manga (3) les proporcionan gran ligereza y el poder conservarse en la espuma del agua; pero esa misma escasez de calado y manga les quita toda estabilidad; cuyo inconveniente vencen muy bien los isleños del mar del Sur y de los archipiélagos asiáticos, con unos cuadrilongos de caña (4) que colocan sobre las bordas, y que salen bastante fuera de ellas. Este cuadrilongo, que en Filipinas llaman *batanga*, no está de firme, sino que puede ronzarse de un lado á otro, á fin de sacarlo todo lo que se quiera, y sea necesario, por el de barlovento, cuando la embarcacion va ciñendo (5). De este modo consiguen aquellos isleños que sus barcos tengan gran ligereza y perfecta estabilidad, con poco calado; de suerte que pueden atravesar empinadas olas sin temor de zozobrar.

Tambien los pueblos salvajes de las comarcas del Norte se valian y se valen de medios ingeniosos para que sus toscos leños posean aquellas tres propiedades.

Pero la cualidad preciosa, inapreciable, del bote salva-vidas, es la de recobrar espontáneamente su posicion primitiva, si por un accidente llegase á zozobrar. Así es, que una vez bien trincados á sus bancadas (6), ó á otro sitio, los tripulantes y las personas libertadas del naufragio, puede decirse que la embarcacion conducirá á la orilla su inestimable carga, despues de haber proporcionado á los hombres la ocasion de llevar á cabo el hecho mas laudable; cual es, salvar á no pocos de sus semejantes de una muerte segura y terrible; así como á la gente de mar la de demostrar, que para nada se necesita tanto valor y serenidad como para verificar ese acto en medio de la mayor furia de los desencadenados elementos. No bastarian muchísimas páginas si hubiésemos de enumerar hechos de esa naturaleza, y aun menos si hubiésemos de consignar sus detalles: á contar con las que se han menester para ello, presentaríamos á nuestros lectores una multitud de acciones que legítimamente, y refiriéndose al valor y á la abnegacion que inspira al hombre el verdadero afecto hácia sus semejantes, pueden calificarse de homéricas.

Tal ha sido el orígen de las incomparables embarcaciones á que nos referimos, y tales los principios en que se funda su construccion. Veamos ahora las principales dimensiones, y los detalles mas interesantes de la adop-

(1) Apéndice al Estado general de la Armada, año de 1832.

(1) Apéndice al Estado general de la Armada, año de 1832.
(2) Los bancos en que se sientan los remeros.
(3) Lo que los fondos del buque se sumergen en el mar.
(4) El ancho del buque.
(5) Las cañas en Filipinas son de muy grandes dimensiones; habiéndolas que las tienen fabulosas.
(6) Esto es, cuando se navega formando con el viento el menor ángulo que permite la clase de vela del buque.

tada por la Real y Nacional Institucion de botes salvavidas de Inglaterra:

	Piés.	Pulgadas.
Eslora (1) total desde el canto de proa del codaste (2) hasta el de popa de la roda (3).	38	3
Eslora de la quilla.	33	4
Manga de fuera á fuera. . .	9	1
Puntal (4) desde el canto bajo de la quilla de hierro hasta el alto de la regala (5). . .	4	3
Calado que debe tener estando cargado; es decir, cuando se hallen á bordo la gente y los pertrechos.	1	5 ½
Desplazamiento (6) cuando se halle en el calado de carga.	5 ½ toneladas inglesas.	
Peso que debe tener el bote, estando en rosca (7). . . .	60 quintales ingleses.	
Número de remos, bogando dos en cada bancada (8). .	12	

La construccion del bote es diagonal (9), y la clavazon de cobre.

La quilla es de olmo, y de una sola pieza.

La falsa quilla (10) es de hierro colado, y tambien de una sola pieza.

Tanto la roda como el codaste, son de roble inglés de buena calidad, con un agujero en su pié, por donde pasa el cabo (11) de que se ha de alar para vararlo.

Las ligazones son de fresno ó de roble.

Las tablas de la cubierta son de pino bien curado y de una pulgada de grueso; y han de estar bien calafateadas las costuras (12).

A popa y á proa lleva un compartimiento ó caja de aire, y cuatro á cada banda á lo largo y por la parte adentro del costado.

Tanto la caja de proa como la de popa, están perfectamente resguardadas con varias capas de pintura, y con una de alquitran de Jeffery, sobre la cual se pone un forro de lona. Este forro se plancha con un hierro caliente, á fin de que se quede bien pegado al alquitran. Encima de la lona se coloca una tonga de corcho de una pulgada de grueso, echando antes sobre la lona una capa de alquitran, para que aquel quede bien sentado. Esta tonga va clavada y apretada hácia abajo cuanto es posible. Los poros del corcho se cubren con dos capas de pintura. Cada caja tiene una válvula de tornillo.

Las cajas ó compartimientos de aire que van por la parte adentro del costado, son de pino de buena calidad, de tres y media pulgadas escasas de grueso, y sus estremos de olmo inglés, de unas seis líneas de espesor. Llevan encima una capa de alquitran, y sobre esta un forro de lona, que como el de las cajas de popa y proa, se plancha con un hierro bien caliente. Se aseguran en su sitio, por medio de unos barrotes ó calzos de unas siete pulgadas de largo y unos tres cuartos de pulgada de grueso, y van tornilladas á la cubierta en la union de cada dos, de suerte que pueden fácilmente quitarse (13).

Ocupémonos en seguida de los inmensos servicios que á la humanidad prestan estas embarcaciones.

Hace unos dos años y medio, al tratar por primera vez de los botes salva-vidas, dijimos:

«Estas cifras (las que representaban el número de personas salvadas de los naufragios, por esos botes, durante treinta y cuatro años) (14), dicen muchísimo mas de lo que nosotros pudiéramos sobre lo conveniente que seria establecer en España una institucion semejante á la que tan hermosos resultados está dando en Inglaterra. Raro es el año en que nuestro dilatado litoral no es testigo de la muerte de muchos de nuestros compatriotas, y de crecido número de estranjeros, cuyas existencias hubieran sido salvadas, en muchos casos, á haberse contado con botes salva-vidas, y demás pertrechos necesarios.

»¡Diez mil nuevecientas personas han sido rescatadas de una muerte cierta, por los esfuerzos de unas cuantas almas benéficas y filantrópicas! ¡Cuántos padres, cuántos hijos, cuántas esposas, no dirigirán sus votos al cielo en favor de aquellos á quienes han sido deudores de volver á estrechar en sus brazos á los seres que les son mas queridos!

»¡Cuántas personas libertadas de la miseria, de la perdicion, por haberse salvado los que les proporcionan el sustento! No titubeamos, pues, un instante, y exhortamos á nuestras principales ciudades de comercio, á que, invistiendo de su confianza á uno de sus mas dignos hijos, celebren una reunion en el punto que crean mas á propósito, y fijen las bases para el establecimiento, en España, de una *Institucion nacional de salvavidas*. Las bendiciones de infinitas familias no tardarán en indemnizarles del trabajo y molestias que pueda causarles la realizacion de tan hermoso objeto.»

Así nos espresábamos en 10 de marzo de 1859, y así escitábamos los sentimientos humanitarios de los navieros, y de todo el que saca su existencia y su bienestar del comercio marítimo. Y no nos contentamos con acudir á la prensa para iniciar en ella aquel pensamiento: á las palabras acompañaron las obras; y creyendo en el buen resultado de esas escitaciones, así como contando con el apoyo de la casa de comercio española, Zulueta y compañía de Londres, que sin mas garantía que la nuestra personal, adelantó sin interés alguno la cantidad para ello necesaria, mandamos construir tres botes salva-vidas á Mr. Forrestt, de Limehouse, que es el mismo que los construye para la mencionada Real y Nacional Institucion de botes salva-vidas de Inglaterra. Vinieron á poco estos botes á las playas españolas, y á pesar de bastantes súplicas y de nuevas escitaciones, no pudimos lograr interesar en tan humanitario asunto ni aun á los que lo tenian real y positivo en que se pusiese en práctica. Por fin, el ministerio de Fomento, que á los pocos meses de llegadas esas tres embarcaciones, resolvió establecer hasta diez, como ensayo, en el litoral español de la península, nos las compró, despues de las mas rigorosas formalidades. De modo que ellas constituyen el núcleo de las veinte que en el año próximo deben quedar establecidas en nuestras costas, y para cuyo servicio ha publicado aquel ministerio el oportuno reglamento. Por consiguiente, los navegantes encuentran ya en varios puntos de ese litoral, y dentro de poco en todos los de mas peligro de él, socorros que pongan en salvamento sus vidas, caso de naufragio. Mientras que se organiza tan importante servicio, y se presenta ocasion en que esas embarcaciones puedan ser útiles en nuestras costas á la humanidad, permitasenos dedicar bastantes líneas á la descripcion de los que han prestado en Inglaterra, durante el año último, las que en gran número se hallan establecidas en sus estensísimas orillas.

(Se concluirá.)

MIGUEL LOBO.

(1) Largo.
(2) La pieza recta y vertical que termina la popa y que forma ángulo con la quilla.
(3) La pieza que termina la proa y que forma ángulo con la quilla.
(4) La altura ó profundidad del casco.
(5) La pieza que termina la parte alta del casco y se estiende de popa á proa.
(6) El peso del agua que contenia el espacio ocupado por el buque.
(7) Estando vacío.
(8) Los bancos en que se sientan los remeros.
(9) Que la tablazon del aforro de dentro y fuera está en sentido oblicuo.
(10) Una que se pone debajo de la verdadera.
(11) Con este nombre se designan las cuerdas de un buque.
(12) Llámase así la junta de dos tablas ó tablones.
(13) El plano que acompaña representa un bote de treinta y dos piés y diez pulgadas. Le hemos puesto treinta y ocho piés y tres pulgadas en esta descripcion, por ser el largo de los tres que hicimos construir en Inglaterra, y cuyas dimensiones fueron á poco adoptadas por la Institucion de botes salva-vidas de aquel pais.
(14) El total de esas cifras es de 10,904.

PROVERBIOS EJEMPLARES.

ANTES QUE TE CASES...

(CONCLUSION.)

Adela, viendo la profunda perversidad de don Bruno, y creyéndose ya públicamente deshonrada, esclamó llorando:

—¡Válgame Dios, señor don Bruno!... ¡Por la Vírgen Santísima, no me pierda usted! ¿Qué daño le he hecho á usted, para que me persiga de esta manera? Torres-Altas encontrará pronto trabajo, y yo misma, si es preciso, me dedicaré á lo que nunca habia pensado: buscaré labor en cualquier comercio, y velaré, y me quemaré los ojos á coser y á bordar para ayudarle.

—Adelita, las lágrimas que usted vierte son demasiado preciosas para que yo no trate de enjugarlas. Usted no es una niña de seis años, y debe ya conocer á Torres-Altas: no trato yo de rebajarle moralmente á sus ojos, pintándole como un malvado, como un perdido, como un hombre sin honor: si esto dijese, mentiria, y yo jamás de los jamases mancharé mis labios con la mentira. Pero todas sus cualidades plausibles las oscurece un defecto que en vano trata usted de disculpar, y que acarreará á ustedes su eterna desgracia; ese defecto, no me cansaré de repetirlo, es su odio al trabajo. Se morirán ustedes de hambre, de fastidio, de desesperacion, de enfermedades, de cualquier cosa, y no será él capaz de arrimar el hombro, ni decir para sí: «Tengo una esposa que no merezco; tengo un hijo, pongamos piés en pared, aceptemos, por ejemplo, un destino...

—¿Y quién ha de darle el destino?

—Se busca una recomendacion fuerte, que como él se agarre á buenas aldabas, todo lo demás es menos.

—Hay quien busca, y busca, y busca, y no encuentra, como á él le sucede.

—No comprendo que á un hombre, como él se proponga buscarlo, le falte pan.

—¡Oh! no permita Dios que usted se vea en el triste caso de esperimentarlo, don Bruno; pero de algunos sé yo, además de mi marido, que parecen el rigor de las desdichas; no hay cosa en que pongan mano, que no les salga al revés de como desean.

—Pues bien, sea holgazanería, sea mala estrella de Torre-Altas, sean las dos cosas á un tiempo, el resultado es que quien lo paga es usted. ¡Cuántas y cuántas se están divorciando todos los dias con menos motivo!

—Basta, señor don Bruno—esclamó severamente Adela, levantándose;—ó se va usted de mi casa, ó me voy yo. Elija usted.

—¿Eso es despedirme?

—Sí, señor; su presencia aquí me ofende altamente.

—¡Estamos frescos! ¡Soy yo el herido, y usted se pone la venda! Hacen ustedes el desatino de casarse *in albis*, acudo yo á poner remedio al desatino aflojando la bolsa, mi dinero sirve para satisfacer los caprichos de ustedes, reclamo lo que se me debe, y lo único que se me quiere dar es... ¡con la puerta en los hocicos! ¡Tonto de mí! ¡Me está bien empleado! ¡Si merezco una albarda!

Adela cayó medio acongojada en una silla; y cubriéndose el rostro con entrambas manos, y sollozando sin tregua, principiaba á espiar sus caprichos, su boda precipitada, y su facilidad en admitir, en ausencia de su marido, la primera suma que la entregó don Bruno, por mas que estuviese completamente tranquila su conciencia con la confesion hecha á Torres-Altas. Creyó, sin embargo, don Bruno que su abatimiento era pura ficcion; y un poco mas esperanzado que anteriormente, tuvo la osadía de asir una mano de Adela, que la retiró como si hubiera sentido el contacto de una culebra.

—¡Es usted un miserable!—esclamó la jóven; añadiendo luego, con un brazo rígidamente tendido hácia la puerta:—Salga usted, ó grito; salga usted, no vuelva á poner aquí los piés, y le perdonaré y olvidaré lo mucho que me ha ofendido.

—¡Buenas pantorrillas echaré yo con el olvido y con el perdon de usted, criatura! respondió don Bruno, sonriéndose cínicamente.

La ofendida jóven se hallaba resuelta á gritar, y don Bruno parecia no tan resuelto á salir de la buhardilla, cuando llamaron presurosamente á la puerta; abre Adela, y entra, con velo echado, una señora, que, sin pronunciar palabra, se arroja á los brazos de aquella, esclamando:

—¡Pobrecita de mi corazon! ¡Hija de mis entrañas!

No pudo Adela responder al pronto, mas que con suspiros y lágrimas, mientras que don Bruno, sabiendo la oposicion de los padres de aquella á su enlace con Torres-Altas, figurábase que la madre venia á sacar á su hija del poder de Serafin, lo cual facilitaria, en su concepto, la realizacion de sus planes.

Pasados los primeros instantes de tierna espansion, doña Javiera saludó á don Bruno, en quien apenas habia reparado al entrar, y dijo á Adela:

—No quiero que permanezcas aquí ni un momento mas; pónte la mantilla, y vámonos, hija, vámonos corriendo. ¡El infame! ¡Hablar así de mi hija! Si le cogiera entre mis manos, me las habia de pagar.

—¿Pues qué ocurre, mamá? preguntó Adela.

—Un tal don Bruno, un malvado, que no conozco, ha dicho en casa de tu prima Soledad, pero con torcida intencion, que por lo mucho que te aprecia, y por habérselas pedido tú varias veces, sin conocimiento de tu esposo, te ha prestado algunas sumas; que Torres-Altas te tiene abandonada, juntamente con el niño, y que él que tú ya se habia divorciado. Oirlo yo, y coger la mantilla, y venir volando, todo ha sido uno; y aunque esta buhardilla me revela claramente vuestra miseria, no quiero creer... Perdone usted, caballero—continuó, volviéndose hácia don Bruno,—perdone usted al corazon de una madre este natural desahogo.

Nuestro héroe no sabia lo que le pasaba; podíasele ahogar con un cabello; pues por mas que se hallase dotado de osadía y serenidad increibles, el ver descubiertos sus indignos manejos, ninguna gracia le hacia. Así, pues, trató de ausentarse de allí, antes que Torres-Altas viniera y se ardiese la casa; pero Torres-Altas, que al tiempo de ir á abrir oyó á doña Javiera y se detuvo para no perder palabra, luego que esta hubo cesado de hablar, entró furioso, y poniéndose delante de don Bruno, que se dirigia con su paso menudito y cauteloso á la puerta, le dijo:

—¡Una palabra!

A las mujeres no les llegaba de susto la camisa al cuerpo; don Bruno, al reparar en los ojos de Serafin saltándosele de las órbitas, comenzó á temblar de piés á cabeza.

No era Torres-Altas el hombre abatido, triste y débil de una hora antes; era el mancebo robusto, hermoso y gallardo de otros tiempos; era el leon despertando de un sueño profundo, y dispuesto á echar su poderosa garra á la hiena traidora que venia á robarle sus cachorros. Adela le contemplaba con la misma pasion, con la ceguedad misma de los dias risueños y felices de sus amores; y aun doña Javiera principió á arrepentirse interiormente del abandono en que ella y su esposo habian dejado al pobre Serafin.

—Ya escucho; respondió don Bruno á este, haciendo un esfuerzo supremo para hablar, porque la voz se le atragantaba.

—Supongo que habrá usted oido lo que acaba de decir esta señora?

—No lo niego.

—Supongo tambien que no sostendrá usted sus calumnias?

—Pero, criatura, ¡qué calumnias, ni qué niño muerto! Yo he referido, con la mayor sencillez del mundo, que he prestado á ustedes, por un acto espontáneo de caridad...

—No manche usted esa palabra pronunciándola, y abusando de ella para engañar á las gentes. ¿Sabe usted lo que haria otro en mi lugar? Arrancarle la lengua, y

Le tributa obsequios mil
la sociedad caponil.

Reñida disputa traba
por declararse á una paba.

Salen ya todos en paz
á recorrer la ciudad.

Los cautivan ¡oh furor!
en plena Plaza Mayor.

Padres, amigos y hermanos
ve inmolar á torpes manos.

El ángel de la venganza
sobre el cadáver se lanza.

Pavos que su suerte fiera
vísteis con honda ansiedad;
mientras seguís su carrera,
en su tumba derramad
una lágrima siquiera!

arrojársela á un perro; pero mis sentimientos son mas cristianos que los de usted, y quiero perdonarle el mal que me ha causado; una sola condicion le exijo, ya que tanto blasona de caritativo.

—¿Cuál?

—Voy á decírsela al momento:

Sentóse Torres-Altas, y cogiendo una pluma estendió el siguiente documento, que luego leyó en alta voz:

Recibí de don Serafin de Torres-Altas, la cantidad de 3,000 rs., que me obligo á entregar de limosna, á la vista de este documento, para el Hospital de mujeres incurables de esta córte.—Madrid, etc.

—Firme usted; dijo Serafin, presentando el papel á don Bruno.

—¡Ciento cincuenta pesos!—esclamó este, avinagrando el gesto.—¡Tres mil reales, y tres que me debe, seis mil!

—No llore usted, don Bruno: usted conserva dos recibos míos, que ascienden á 3,000 reales; yo se los satisfaré, así que usted pague esta receta; por consiguiente, lo que viene á desembolsar, en limpio, es una suma igual á mi deuda; en lo cual, lejos de perder, gana, y mucho, porque nunca son perdidas las buenas obras. Y cuidado, señor don Bruno; cuidadito con el pico; porque lo que es á otra, le cojo por los cabezones y le tiro por la ventana á la calle, como quien tira una espuerta de basura, gritando antes: *¡agua va!* para no manchar á los transeuntes.

—Así, hijo mio; ¡firme! ¡así!—dijo doña Javiera.—A una persona atolondrada, ó á un hombre que se acalora y comete, sin quererlo acaso, una imprudencia, un delito, puede perdonársele; pero á un malvado que, segun mis noticias, no es esta la primera, ni la segunda, ni la tercera; á un perverso, que hace profesion de hombre de bien, con el objeto de mejor encubrir sus bribonadas, conviene arrancarle la máscara, para que se le conozca á fondo, y se huya de él como de la peste.

—Firme usted; repitió Serafin á don Bruno.

El taimado *filántropo* no tuvo otro remedio; como hombre esperto en lances análogos, conoció que Torres-Altas estaba decidido á todo, y ¡cosa estraña! firmó, sin necesidad de nuevas súplicas y hasta con aire risueño.

A los pocos dias, negaba, con la impavidez y serenidad del justo, que fuera suya la firma que le arrancó Serafin. Efectivamente, habia fingido la letra, y puesto por rúbrica un garabato cualquiera. Torres-Altas se vió y se deseó para librarse de una demanda de calumnia con que le amenazaba don Bruno; pues aunque todas las presunciones, aunque todas las pruebas morales eran favorables al primero, condenábale la falta de las legales. Sin embargo, don Bruno, echándoselas de generoso, renunció á su venganza, limitándose á exigir á su enemigo los 3,000 reales que le habia prestado.

Torres-Altas juró cortarle las orejas; pero le sucedió lo que á todo hombre de bien, cuando se las há con un pícaro; que, por no verle delante, se le deja con mil diablos; así es, que don Bruno conserva y luce públicamente sus magníficas orejas, y pasa en la sociedad por un santo varon, por una providencia de los desgraciados.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

AVISO.

Los señores abonados á EL MUSEO UNIVERSAL que han renovado la suscricion por todo el año de 1862, han recibido ya el ALMANAQUE LITERARIO para dicho año. Los que no la han renovado todavía se servirán hacerlo inmediatamente si no quieren esperimentar retraso en el recibo del ALMANAQUE y del número primero del año. Los nuevos suscritores lo recibirán inmediatamente.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE.